

DISERTACION I.

SOBRE EL ORIGEN DE LA POBLACION DE AMERICA Y PARTICULARMENTE DE LA DE MEXICO.

APENAS se hallará en la Historia un problema de más difícil resolución que el del origen de la población del Nuevo-Mundo, ni sobre el cual reine mayor variedad de opiniones. Puede decirse que éstas son tantas cuantas las de los filósofos antiguos sobre la esencia del sumo bien. No trato de examinarlas todas, porque sería un trabajo inútil, ni de establecer un sistema nuevo, porque carezco de fundamentos en que apoyarlo: quiero tan solo exponer y someter al juicio de los hombres doctos mis conjeturas, porque me parece que no serán de un todo infructuosas; mas para proceder con aquella claridad y precisión que el asunto exige, dividiré el punto general en varios artículos, y declararé en diversas conclusiones mis ideas.

¿EN QUÉ TIEMPO EMPEZÓ Á POBLARSE LA AMÉRICA?

Betancourt y otros autores creyeron que el Nuevo-Mundo empezó á poblarse antes del diluvio. Pudo ciertamente verificarse así, porque el espacio de 1656 años trascurridos entre la creación de los primeros hombres y aquella gran catástrofe, según la cronología del texto hebreo del Génesis, y mucho más el de 2242 ó 2262 años, según el cómputo de los Setenta, fué suficiente para poblar toda la tierra, como algunos escritores han demostrado. A lo ménos, después de diez ó doce siglos, pudieron algunas familias de las que se esparcieron en las partes más orientales del Asia, pasar al continente occidental que llamamos América, sea, como yo creo, por estar unida á ellas, sea por estar separada tan solo por un pequeño estrecho. Pero ¿cómo se probará que en efecto la América se pobló antes del diluvio? Porque en América, dicen algunos de los que sostienen aquella opinión, había gigantes, y la época de éstos fué antediluviana. (*En aquel tiempo había gigantes sobre la tierra.*¹—Gén. VI).

¹ Gigantes erant super terram in diebus illis.—Gén. VI.

Porque Dios, dicen otros, no creó la tierra sino para que fuese habitada. (*El mismo Dios que formó y conserva la tierra... y que no en vano la crió, sino que la hizo para que fuese habitada.*¹—Isa. XLV), y no es verosímil que habiendo creado la América con este objeto, quisiese dejarla tanto tiempo sin habitantes, especialmente habiendo mandado á los primeros hombres que se multiplicasen y cubriesen la tierra (*Creced y multiplicaos, y poblad la tierra.*²—Gén. IX). Pero aun concediendo que el sagrado texto en que se hace mencion de los gigantes, deba entenderse en el sentido vulgar, esto es, en el de hombres de extraordinaria altura y corpulencia, y aunque no dudo que hubiese de estos hombres en América, no obstante lo que dicen Mr. Sloane,³ Mr. de Paw y otros que solo creen lo que ven, de ningun modo confirma la opinion de la población antediluviana, pues los mismos libros santos hablan de algunos gigantes posteriores al diluvio, como fueron Og, rey de Bazan,⁴ y los cinco de que hacen mencion los libros de los Reyes. Podemos conjeturar que habia otros muchos, tanto en Palestina como en otros países, de que no hablan los historiadores sagrados, porque no importaba á su propósito. El texto de Isaías nada prueba en favor de aquella opinion; pues aunque Dios formó la tierra para que fuese habitada, nadie puede adivinar el tiempo que fijó para la ejecucion de sus altos designios.

El viajero Gemelli dice, alegando ciertas pinturas mexicanas, que la ciudad de México fué fundada en el año II Calli, correspondiente, según el mismo, al 1325 de la creación del mundo, esto es, más de trescientos años antes del diluvio; pero este enorme despropósito no fué error de su mente, sino un descuido de su pluma, como claramente se infiere de todo el contesto de su narración: así que, injustamente se lo echa en cara el maldiciente investigador, el cual achaca también el mismo dislate al ilustre Sigüenza, que fué de opinion contraria. Es cierto que la ciudad de México fué fundada el año II Calli, y que este fué el de 1325, pero no de la creación del mundo, sino de la era cristiana. Gemelli, en lugar de escribir lo uno, escribió lo otro.

Por otra parte, es inútil averiguar si la población de América empezó antes del diluvio; pues por una parte, es imposible descubrir la verdad en un punto tan oscuro, y por otra, siendo indudable que en el diluvio perecieron todos los hombres, es necesario volver á buscar pobladores después de aquella gran calamidad. Sé que algunos autores circunscriben el diluvio á los confines de una

¹ Ipse Deus formans terram, et faciens eam... non in vanum creavit eam, ut habitaretur formavit eam.—Isa. XLV.

² Crescite, et multiplicamini, et replete terram.—Gén. IX.

³ El escrito del inglés Sloane, en que trata de probar que los grandes huesos encontrados en América son de elefantes y otros animales, y no de gigantes, se halla en las Memorias de la Academia de ciencias de París, de 1727. Además de lo que he dicho en el libro I sobre esta opinion, tiene en contra el dicho del Dr. Hernandez, testigo ocular, inteligente y sincero: *Per multa gigantum, dice, non vulgaris magnitudinis ossa, per hosce dies ad inventa sunt, tunc apud Tescocanos, tunc apud Tollocenses. Hæc autem notiora sunt, quam ut fides queat illis ab aliquo denegari, et tamen non me latet a multis judicari multa fieri non posse, antequam facta sint. Adeo verum est, atque indubitatum quod Plinius noster dixit: natura vim atque majestatem omnibus momentis fidei covere.* Si en las excavaciones hechas en América solo se hubieran hallado huesos sueltos y separados, podría creerse que pertenecían á grandes cuadrúpedos; pero habiéndose hallado cráneos y esqueletos enteros humanos, no hay lugar á las conjeturas de Sloane. Véase lo que cuenta Acosta acerca del esqueleto gigantesco desenterrado en 1556 en Jesus del Monte, casa de campo de los jesuitas de México, hallándose aquel escritor en ella. Véase lo que dice Zárate, hombre docto y respetable, sobre los huesos y cráneos humanos descubiertos en Puerto Viejo, en la provincia de Guayaquil. Véase lo que refiere el sincerísimo Bernal Diaz, de los huesos presentados á Cortés por los Tlaxcaltecas.

⁴ Torrubia en su *Aparato á la historia natural de España*, incurre tres veces en el error de que Og fué antediluviano, y afirma expresamente que se ahogó en el diluvio.

parte del Asia; pero tambien sé que esta opinion no está de acuerdo ni con el texto expreso de la Santa Escritura (*Y vinieron á cubrirse todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo. Quince codos se alzó el agua sobre los montes, que tenia cubiertos.*¹—Gén. VII), ni con la tradicion de los mismos americanos,² ni con las observaciones físicas.

El Dr. Sigüenza creyó que la poblacion de América empezó poco despues de la dispersion de las gentes. Como carezco de los MS. de aquel ilustre Mexicano, ignoro los fundamentos en que apoya su opinion, la cual es conforme á la tradicion de los Chiapanecas, de que luego haré mencion. Otros autores, por el contrario, la creen demasiado moderna, porque los historiadores de México y del Perú no hallaron en aquellas naciones memoria alguna de sucesos anteriores á ocho siglos. Pero confunden la poblacion de México hecha por los Chichimecas y por los otros Aztecas, con la que sus antepasados fundaron muchos siglos ántes en los países septentrionales, ni saben distinguir á los Mexicanos de otras naciones que ántes que ellos habitaron aquel país. ¿Quién sabe, por ejemplo, cuándo entraron en el país de Anáhuac los Otomites, los Olmecas, los Cuílatecas y los Michuacaneses? No es de extrañar que no se hallasen en México memorias de sucesos anteriores á ocho siglos; pues además de la pérdida de innumerables monumentos históricos de aquellas naciones, no sabiendo la mayor parte de los escritores la relacion entre los años mexicanos y los nuestros, debieron incurrir, y en efecto incurrieron, en un gran número de anacronismos; pero los que adquirieron mayor abundancia de pinturas antiguas y escogidas y tuvieron mayor sagacidad para indagar la cronología, hallaron ciertamente memorias de tiempos más remotos, como hicieron Sigüenza é Ixtlilxochitl, sirviéndose de ellas en sus apreciables escritos.

Yo no dudo que la poblacion americana sea antiquísima y mucho más de lo que creen los autores europeos. 1.º Porque los americanos carecian de ciertas artes ó inventos, como la aplicacion de la cera y del aceite al alumbrado, que por una parte son muy antiguos en Asia y en Europa, y por otra, tan necesari-

¹ *Operati sunt omnes montes excelsi sub universo celo. Quindecim cubitis altior fuit aqua super montes quos operuerat.*—Gén. VII. Parece que Dios inspiró estas palabras para desmentir á los incrédulos, pues no es fácil expresar con más claridad la universalidad del diluvio. Pero aunque solo se entendiase el texto de los montes de Palestina y de otros países inmediatos, como algunos opinan, no alcanzo cómo pueda el agua, con arreglo á las leyes naturales, alzarse quince codos sobre los montes de aquella tierra, sin anegar todo el mundo antiguo y aun el nuevo. Y si el diluvio no fué universal, ¿á qué fin mandar construir el arca, cuando tan fácilmente podia la familia de Noé sustraerse á la inundacion, pasando á otros países que estaban exentos de aquella calamidad? ¿Por qué encerrar en el arca individuos de toda especie de cuadrúpedos, aves y reptiles, á fin de conservar sus especies en la superficie de la tierra, como tan terminantemente se lee en el Génesis? Quedando las especies de animales esparcidas en otras regiones á que no llegaran las aguas, aquella precaucion era del todo infructuosa y ridícula, especialmente con respecto á las aves. Por estas y otras razones no ménos poderosas, debemos concluir que los que creyendo divina la autoridad de los libros sagrados, niegan sin embargo la universalidad del diluvio, tienen alguna desorganizacion ó vicio en el cerebro.

² Queriendo Dios hacer respetar su justicia por la posteridad de Noé, y confundir la incredulidad de los mortales, dispuso que además de la autoridad de la Biblia y de los cuerpos marinos que en gran cantidad se hallan en los montes, como otros tantos monumentos irrefragables del diluvio, se conservase la memoria de aquel espantoso y general castigo entre las naciones americanas. Estas, sin tener noticia del Génesis, ni comunicacion con los pueblos antiguos, conservaban la memoria del diluvio, como lo testifican Gomara, Acosta, Herrera y otros muchos escritores que investigaron cuidadosamente aquel punto. Los Toltecas, los Acolhuas, los Tarascos ó Michuacaneses, los Mexicanos, los Mixtecas, los Tlaxcaltecas, los Chiapanecas y otros muchos pueblos seguian aquella tradicion y la representaron en sus pinturas. Todos ellos creian que la inundacion habia sido universal, y que todos los hombres se habian ahogado, excepto un hombre y una mujer, ó una familia. Este es un hecho que no puede dudar quien proceda de buena fé. Véase lo que he dicho acerca de esto en la Historia, y lo que diré despues. El P. Acosta dice que todos los indios tenían noticia del diluvio; pero esto debe entenderse de los que vivian en sociedad.

rios, que una vez aprendidos no se olvidan jamás. Luego los que pasaron del antiguo al nuevo continente y propagaron en éste la especie humana, verificaron su emigracion ántes de aquellos descubrimientos. 2.º Porque las naciones del Nuevo-Mundo que vivian en sociedad, y especialmente las de México, conservaban en sus pinturas y tradiciones la memoria de la creacion del mundo, del diluvio, de la torre de Babel, de la confusion de las lenguas y de la dispersion de las gentes, aunque alterada con algunas fábulas, y no tenían noticia de los sucesos ocurridos despues en Asia, Africa y Europa, habiendo algunos tan grandes é importantes, que no era fácil echarlos en olvido. 3.º Porque ni los americanos tenían la menor idea de los pueblos del mundo antiguo, ni éstos de aquellos, ni en unos ni en otros se halla el menor recuerdo del tránsito de los hombres á América. Estas razones hacen, si no cierta, verosímil al ménos mi opinion.¹

¿QUIÉNES FUERON LOS POBLADORES DE AMÉRICA?

Los que no reconocen en los libros santos el sello de la verdad divina, ó reconociéndolo no hacen caso de lo que su autoridad sanciona, dicen que los americanos no descienden de Adán y de Noé, creyendo, ó fingiendo creer, que como Dios creó al primero para que fuese el padre de los asiáticos, así formó ántes ó despues otros hombres para que fuesen padres de los africanos, de los europeos y de los americanos. Esto no se opone, segun un autor moderno, á la verdad de la Biblia; porque si bien Moisés no hace mencion de otro primer patriarca que Adán, fué porque no escribia la historia de todos los pueblos; sino solo la de los israelitas. Pero además de que este rancio sistema contradice abiertamente la venerable tradicion, la Sagrada Escritura,² y la creencia comun de la Iglesia Católica (cosas en verdad poco importantes á los ojos de aquella clase de filósofos), se halla desmentido por la tradicion de los mismos americanos, los cuales, en sus pinturas y en sus cánticos, se reconocen descendientes de los hombres que se preservaron de la inundacion universal. Los Toltecas, los Acolhuas, los Mexicanos, los Tlaxcaltecas, los Tarascos, los Mixtecas, los Chiapanecas, y otros pueblos, están de acuerdo en este punto: todos decian que sus abuelos habian venido de otros países; indicaban el camino que habian seguido y aun conservaban los nombres verdaderos ó falsos de aquellos primeros progenitores, que despues de la confusion de las lenguas se separaron de los demás hombres.

El Sr. Núñez de la Vega, obispo de Chiapa, dice en el proemio de sus *Constituciones Sinodales*, que en la visita que él mismo hizo de su diócesis á fines del siglo pasado, halló muchos calendarios antiguos de los Chiapanecas, y un anti-

¹ Cierta autor moderno afirma que la poblacion de América es anterior al uso del hierro, porque no se encontró este uso entre los Americanos. Esta opinion carece de fundamento, pues la invencion del hierro es anterior al diluvio. De Tubalcain, sexto nieto de Adán, se dice en la Escritura Santa, que trabajó en todas las obras de cobre y de hierro. *Sella genuit Tubalcain, qui fuit malleator, et faber in cuncta opera aeris et ferri.*—Gén. IV. (Esto es: *Sella tambien parió á Tubalcain, que fué erifíce en trabajar á martillo toda especie de obras de cobre y de hierro.* ¿Se dirá acaso que la América se pobló ántes de la época de Tubalcain? Los americanos no usaron del hierro, quizás porque en los países septentrionales donde se establecieron al principio, no hallaron aquel metal y poco á poco se fué perdiendo su memoria.

² *Tres isti filii sunt Noe: ab is disseminatum est omne genus hominum super universam terram.*—Gén. IX. (Esto es: *Dichos tres son los hijos de Noé, y de esos se propagó todo el género humano sobre la tierra.* *Fecit ex uno omne hominum genus inhabitare super faciem universe terre.*—Ac. VII. (Esto es: *él es el que de uno solo ha hecho nacer todo el linaje de los hombres, para que habitase la vasta extension de la tierra.* No se puede expresar de un modo más claro el origen comun de todos los hombres, de Adán y de Noé.

guo MS., en la lengua de aquel país, hecho por los mismos indios, en que se decía, según su tradición, que un cierto Votan¹ tuvo parte en la construcción de aquel gran edificio, que se alzó para subir al cielo, por orden de uno de sus antepasados; que allí tomó cada pueblo su idioma respectivo, y que el mismo Votan fué destinado por Dios para hacer la división de la tierra de Anáhuac. Añade que en su tiempo había en Teopixca, pueblo grande de aquella diócesis, una familia del nombre de Votan, que se creía descendiente de aquel personaje. No pretendo yo dar tanta antigüedad á los americanos, sino solo demostrar que se creían descendientes de Noé.

De los antiguos habitantes de Cuba cuentan muchos historiadores, que preguntados por los españoles sobre su origen, respondieron haber oído decir á sus progenitores, que Dios creó el cielo, la tierra y todas las cosas; que habiendo vaticinado un viejo cierta gran inundación, con la cual Dios quería castigar los pecados de los hombres, fabricó una gran canoa y se embarcó en ella con su familia y con muchos animales; que pasada la inundación, soltó un cuervo, el cual, habiendo hallado cadáveres con que alimentarse, no volvió más á la canoa; que después soltó una paloma, la cual volvió de allí á poco trayendo en el pico una rama de *hoba*, que es un árbol frutal de América; que cuando el viejo vió enjuta la tierra, desembarcó, y habiendo hecho vino con uvas silvestres, bebió de él y se embriagó; que entonces uno de sus hijos se burló de su desnudez y otro más respetuoso lo cubrió; que cuando salió de su letargo, bendijo á éste y maldijo á aquel; finalmente, que ellos descendían del hijo maldito y por eso andaban desnudos, y que los españoles, que estaban vestidos, descendían quizá del otro.

Los Mexicanos llamaban á Noé, *Coxcox* y *Teocipactli*, y los Michuacaneses *Tezpi*. Estos decían que hubo un gran diluvio, y que *Tezpi*, para no ahogarse, se embarcó en una nave, hecha á guisa de arca ó caja, con su mujer, sus hijos, muchas especies de animales y una provisión de granos y semillas; que viendo que las aguas disminuían, dió libertad á un pájaro de los que allí se llaman *Auroras*, el cual se quedó fuera para comer cuerpos muertos, y después soltó otros pájaros que tampoco volvieron, excepto uno (el chupamirto), tan apreciado en aquellos países por el hermoso color de sus plumas, y éste le trajo una rama de árbol,² y que de aquella familia descendían todos los habitantes de Michuacan. Luego, ora nos apoyemos en la Biblia, ora en las tradiciones americanas, debemos buscar en la posteridad de Noé los pobladores del Nuevo-Mundo.

Pero ¿quiénes fueron éstos? ¿Cuál de los hijos de Noé fué el tronco de aquellas naciones? El Dr. Sigüenza y la ingeniosa Mexicana Sor Juana Inés de la Cruz, creyeron, ó conjeturaron, que los Mexicanos y las otras naciones de Anáhuac, descendían de Nephtuim, hijo de Mesrain y nieto de Cham. Boturini fué de opinión que no solo provenían de Nephtuim, sino de sus otros cinco hermanos. El docto español Arias Montano se persuadió que los americanos, y especialmente los del Perú, pertenecían á la posteridad de Ofir, cuarto nieto de Sem. Sus razones son tan débiles que no merecen refutación. De las de Sigüenza hablaré después.

¹ Votan era el principal de aquellos veinte hombres ilustres que dieron sus nombres á los veinte días del año chiapaneca.

² Herrera, Dec. 3, lib. III, cap. 10. Véase lo que el mismo dice en la Dec. 4, lib. 1, cap. 2, acerca de lo que referían los indios de tierra-firme sobre su origen. Véanse también el mismo Herrera, Torquemada y otros sobre la tradición de los Haitianos. De la de los Mexicanos, Acolhuas y Tlaxcaltecas, he hablado en el libro II de mi Historia. De la de los Toltecas hacen mención Boturini, Torquemada y otros. García habla de la de los Mixtecas en su erudito "Tratado sobre el origen de los indios."

Los otros autores que no han querido penetrar con sus indagaciones hasta una antigüedad tan remota, han buscado en diversos países del mundo el origen de los americanos. Sus opiniones son tantas y tan diversas, que no es casi posible enumerarlas. Unos creen descubrir sus progenitores en Asia, otros en Africa, otros en Europa. Entre los que abrazan esta última opinión, unos dicen que eran griegos, otros que eran romanos; otros los hacen españoles, irlandeses, curlandeses y aun rusos. De los que prefieren el origen africano, unos lo atribuyen á los egipcios, otros á los cartagineses, otros á los nómidas. Pero aun es mayor la variedad entre los partidarios del origen asiático. Los israelitas, los caldeos, los asirios, los fenicios, los persas, los tártaros, los indios orientales, los chinos, los japoneses, todos tienen sus abogados entre los historiadores y los filósofos de estos dos últimos siglos. Otros hay que, no hallando lo que buscaban en los países conocidos, sacan de las aguas la famosa Atlántida, para enviar de allí colonos al continente occidental; y aun esto es poco, pues ha habido escritores que para quedar bien con todos, afirman que los americanos provienen de todas las naciones de la tierra.

La causa de tantas y tan extravagantes opiniones ha sido el error comun de que para creer á una nación originaria de otra, solo basta hallar una afinidad en las voces de sus lenguas, ó alguna semejanza en sus ritos, usos y costumbres. Tales son los fundamentos de casi todos aquellos sistemas, que recogió é ilustró con gran erudición el dominicano García, y que aumentaron los doctos españoles que reimprimieron su obra con adiciones considerables. En ella podrá verlos el curioso lector, pues yo creeria perder el tiempo en refutarlos.

Pero no puedo omitir la opinión del Dr. Sigüenza, adoptada por el ilustre obispo frances Pedro Daniel Huet, y que me parece la más sólida y racional. Según estos escritores, las naciones que poblaron el imperio mexicano, pertenecían á la descendencia de Nephtuim, de la cual algunas familias, saliendo del Egipto poco después de la confusión de las lenguas, se dirigieron hácia el continente que nosotros llamamos Nuevo-Mundo. Las razones en que Sigüenza fundó su sistema, solo se hallan indicadas en la *Biblioteca mexicana*. Quisiéramos verlas expuestas con aquella fuerza y erudición que su sabio autor emplearía en la obra original; mas, privados de sus apreciables MS., nos contentaremos con referirnos á Eguiara en su ya citada Biblioteca.

Redúcense, pues, sus fundamentos á la conformidad que se observa entre las naciones americanas y los egipcios, en el uso de las pirámides y de los geroglíficos, en el modo de computar el tiempo, en el traje y en algunos usos, á que se añadirá quizá la semejanza del *Teotl* de los Mexicanos, con el *Theuth* de los egipcios, que fué lo que indujo á Huet á seguir la opinión de Sigüenza, aunque por diverso camino. He dicho que estos argumentos son sólidos y bien fundados, mas solo para formar conjeturas, no para asegurar una verdad, pues bajo este aspecto los creo sujetos á varias objeciones.

Sigüenza quiere que los hijos de Nephtuim saliesen de Egipto para América, poco tiempo después de la confusión de las lenguas; y para sacar de aquí una probabilidad, debería comparar las costumbres de los americanos con las de los primeros egipcios, no con las de sus descendientes, que muchos años después se establecieron en Egipto, y de los cuales no creen provenir los pueblos de América. Ahora bien, ¿quién creará que los egipcios, inmediatamente después de la dispersión de las gentes, empezaron á erigir pirámides y á servirse de geroglíficos, y que desde entonces arreglaron sus años y meses en la misma forma en que después los tuvieron? Todo esto fué sin duda posterior á la época

de que se trata. Ni necesitaban los americanos ver las pirámides de Egipto para construir otras del mismo género; pues para esto bastaban los montes, verdaderos modelos de aquellas obras colosales. La forma piramidal es la que naturalmente se presenta al que quiere perpetuar su memoria en un edificio; pues no hay otra que ofrezca tanta elevacion con ménos dispendio, disminuyéndose la cantidad de los materiales á medida que sube la obra. Además que las construcciones mexicanas eran totalmente diversas de las de los egipcios. Estas eran verdaderas pirámides; aquellas se componian de tres, cuatro ó más cuerpos cuadrados ó cuadrilongos, de los cuales los inferiores tenian más amplitud que los superiores. Las egipcias eran huecas; las Mexicanas, macizas: éstas servian de base á los santuarios; aquellas, de sepulcro á los reyes. Los templos de los Mexicanos y de los otros pueblos de Anáhuac, eran de un dibujo tan singular, que no creo que los haya habido semejantes en ninguna otra nacion: así que, deben considerarse como invencion original de los Toltecas, ó de otros pobladores más antiguos.

Mayor analogía se halla en el modo de computar el tiempo que tenian aquellas dos naciones, aunque no debemos olvidar que se trata de los egipcios posteriores, no ya de los primeros, de quienes nada se sabe. El año egipcio era solar, y de 365 días como el de los Mexicanos: los unos y los otros contaban 360 días en sus meses, añadiendo 5 días los egipcios á su mes *Mesori*, y 5 los Mexicanos á su mes *Iscalli*, en lo que convenian también con los persas; pero por lo demás, habia gran variedad entre unos y otros. El año egipcio constaba de 12 meses, y cada mes de 30 días: el año mexicano religioso, pues del civil y astronómico nada se sabe, se componía de 18 meses, y cada mes de 20 días. Los egipcios, como otras muchas naciones del antiguo continente, contaban por semanas: los Mexicanos, por períodos de 5 días en el orden civil, y de 13 en el religioso.

Los geroglíficos eran comunes á los dos pueblos; pero ¡cuántas otras naciones no se han servido de ellos para significar de un modo misterioso los dogmas de su creencia! Y si los Mexicanos aprendieron de los egipcios los geroglíficos, ¿por qué no les tomaron también el uso de las letras? Se dirá que porque éstas se inventaron despues de su separacion; pero ¿quién sabe si los geroglíficos se inventaron ántes? El traje de los primeros egipcios habrá sido probablemente el mismo de los otros hijos y nietos de Noé: á lo ménos, no hay motivo para creer lo contrario. En cuanto á las instituciones políticas de aquellos primeros hombres, nada sabemos. Los más antiguos egipcios de que hay memoria, son los que vivian en tiempo del patriarca Josef; y si queremos parangonar sus usos con los de los Mexicanos, hallaremos, en lugar de semejanza, la mayor diversidad. Nada de esto se dirige á probar la falsedad de la opinion de Sigüenza; únicamente á manifestar que no es una verdad indudable.

El extravagante autor de las "Investigaciones" dice que los Mexicanos traen su origen de los Apalachites meridionales; pero ni alega ni puede alegar una razon que dé verosimilitud á su paradoja; y aunque fuese cierta, quedaba todavía en pié la dificultad del origen de los mismos Apalachites. Es cierto que para aquel escritor no hay dificultades, pues á veces da á entender que no le desagrada el descabellado sistema del frances La Peyrere.

Por lo que hace á mi opinion, me parece conveniente reducirla á las siguientes conclusiones:

1.° *Los americanos descienden de diversas naciones, ó más bien de diversas familias, dispersas despues de la confusion de las lenguas.* No podrá dudar de es-

ta verdad el que tenga alguna idea de la muchedumbre y de la extraña diversidad de las lenguas americanas. En México he contado 35 de las conocidas hasta ahora; más numerosas son las de la América Meridional. Al principio del siglo pasado contaban los portugueses 150 en el Marañon. Es cierto que entre algunos de estos idiomas se descubre tanta afinidad, que muy en breve se echa de ver el origen comun de que emanan: tales son la Eudeve, la Opata y la Tarahumara en la América Septentrional: la Mocobi, la Toba y la Abipona, en la del Mediodía; pero también hay otras muchas que difieren entre sí más que la hebrea y la ilírica. Puedo asegurar, sin riesgo de engañarme, que entre las lenguas vivas y muertas de Europa, no se hallan dos más diferentes entre sí, que lo son la mexicana, la otomite, la tarasca, la maya y la mixteca, que son las dominantes en diversas provincias de México. Así que, sería un despropósito decir que las lenguas americanas no son más que dialectos de una misma. ¿Cómo es posible que una nacion altere de tal modo su idioma, ó lo multiplique en tantos dialectos y tan diferentes que no conserven muchas voces comunes, ó á lo ménos, alguna afinidad ó traza de su origen?

¿Quién creará lo que dice el P. Acosta, atribuyendo la especie á los Mexicanos, aunque sin impugnarla? Esto es, que habiendo llegado los Aztecas, ó Mexicanos, despues de su larga peregrinacion al reino de Michuacan, quisieron establecerse en aquel país, atraídos por su amenidad; pero no pudiendo caber en él todo el cuerpo de la nacion, consintió el dios Huitzilopochtli en que algunos permaneciesen, y para ello sugirió á los otros, que mientras aquellos se bañaban, les robasen sus vestidos y continuasen su marcha; que los que se bañaban, viéndose privados de ropa y burlados por sus compañeros, se enojaron en tales términos, que no solo resolvieron quedarse, sino que adoptaron otro idioma, y que de aquí proviene la lengua Tarasca. Aun más increíble es la historia adoptada por Gomara y otros escritores: á saber, que de un viejo llamado *Ixtac Mixcoatl*, y de su mujer *Itancueitl*, nacieron seis hijos, cada uno de los cuales hablaba una lengua distinta. Llamábanse *Tolhua*, *Tenoch*, *Olmecatl*, *Xicallancatl*, *Mixtecatl* y *Otomitl*, y fueron los progenitores de otras tantas naciones que poblaron la tierra de Anáhuac. Esta era una alegoría con que los Mexicanos querian significar que todas aquellas naciones tenian un origen comun; pero los escritores citados la trasformaron en historia, por no haberla entendido.

2.° *Los americanos no traen su origen de ninguno de los pueblos que existen actualmente en el antiguo mundo: á lo ménos no hay razones para creerlo así.* Esta conclusion se funda en las mismas razones que acabo de exponer; pues si los americanos descendiesen de alguno de aquellos pueblos, se hallaria alguna traza de éstos en sus lenguas, por muy antigua que fuese su separacion; pero semejante traza no se ha podido descubrir, aunque muchos autores la han buscado con empeño, como puede verse en la obra del dominicano García. He confrontado prolijamente la lengua mexicana y otras americanas con muchas vivas y muertas del antiguo continente, y no he podido hallar entre ellas la menor afinidad. La semejanza del *Teotl* mexicano con el *Theos* griego, me indujo á comparar estas lenguas; pero las he hallado diferentísimas. Este argumento es más eficaz con respecto á los americanos, por su constancia en conservar los idiomas que hablan. Los Mexicanos conservan el suyo á pesar del dominio de los españoles, y el de los Otomites, que es difícilísimo, ha resistido al de los españoles y Mexicanos, por espacio de dos siglos y medio.

Si los americanos provienen, como yo creo, de diversas familias esparcidas